



Organo del Partido Socialista Obrero Español y portavoz de la U. G. T.

Señales del tiempo Entre sectores de la Iglesia

La «Revista Franciscana», vieja publicación católica que se edita en Barcelona, recuerda en un editorial aquel principio evangélico de «cuán difícil es que un rico se salve». No lo dirige a los impíos, sino que lo lanza sin disimulos como una condenatoria reconvenida a la también católica Institución «Opus Dei» que conquista y ocupa empujando cargos políticos y financieros, cubriéndose para ello con el designio de hacer obra de Dios, de manera tan diferente y aun contraria al espíritu y modos del santo de Asís que impuso la profesión de pobreza a la Institución inspiradora de esa revista.

Tanto aquel como otros principios evangélicos no son cosa ocasional, y hubieran estado muy en su punto invocados energicamente frente al régimen del Caudillo cuando éste, no menos que ahora, conculcaba aquellos principios con fuerte y arrollador impulso que no dejaba entrever su fin. Porque no sólo contra el «Opus Dei» van esas censuras de ahora, sino también contra el régimen que lo toma por asociado y que satisface sus ansias de dominación dándole cargos de ministro y poderes privilegiados para apoderarse de puestos y organismos, desde las cátedras hasta los Bancos. Hay, pues, que poner en la cuenta del oportunismo no decimos que todo, pero sí una buena parte de lo que debiera caer enteramente en el dominio de la moral. No negamos, sin embargo, que en ciertos sectores de la Iglesia se sienta una verdadera y digna repugnancia por esa Institución disimulada, filtrante y delatora por principio constitutivo, que busca un absorbente dominio no por la predicación ni por el ejemplo, sino por medio de la alta finanza.

Pero si esa oposición entre diferentes sectores de la Iglesia —inusitada en cuanto a su exteriorización y a sus expresiones— no estuviera motivada por una repugnancia, estaría dictada por la prudencia; por una prudencia conservadora de lo que se puede salvar en el derrumbamiento de esa mala empresa en que la Iglesia se comprometió identificándose con el régimen.

Porque entre la Iglesia y el Estado de Franco ha habido mucho más que una alianza; ha habido una identificación, lo mismo que entre el Estado y el Ejército. Esa identificación fué comenzada con la sublevación misma; está sellada con mucha sangre y comprometida con un sin fin de bendecidas injusticias. Una alianza podría romperse conservando cada cual su integridad; pero una comprometida identificación sólo puede desgarrarse, dejándose uno en el otro una parte de su propia sustancia. Así parece comprenderlo la Iglesia estableciendo ya distinciones con sus sectores más comprometidos. Ello, en cualquiera de los casos, nos parece bueno; y si no está dictado por una razón moral, nos interesa no menos como significativa concesión hecha y una apremiante oportunidad. Por eso, la reproducción por nosotros de ciertos textos no tiene otra significación que la de ofrecerlos como expresión muy sintomática de la fase en que ha entrado el régimen del Caudillo.

Catolicismo franquista La negación del Evangelio

PUBLICADAS originalmente en un diario mejicano, andan rebrotando por América y Europa unas declaraciones del joven jesuita bilbaíno don Enrique María de Laburu, sobrino de don José Antonio de Laburu, militante en la misma orden hace medio siglo y ahora dedicado en América del Sur a estudios biológicos, antigua actividad suya, con la cual logró menos fama que con sus sermones.

Las declaraciones del padre Enrique M. de Laburu justifican el eco resonante que están teniendo, pues recogen el verdadero estado de ánimo de la juventud universitaria española al decir que gran parte de ella, según señalan porcentajes debidamente verificados, sostiene que el catolicismo oficial fomenta el fariseísmo, que la libertad de cultos es perfectamente compatible con un catolicismo vivo, y que en la enseñanza no debe darse preferencia a las órdenes religiosas; que rechaza el mito «españolidad», igual a catolicidad y que niega el carácter de Cruzada a la guerra civil de 1936. Estas aseveraciones adquieren gran valor en labios de un miembro de la Compañía de Jesús, quien, además, manifiesta por su cuenta que ha sido rotundamente negativa la imposición religiosa establecida por el franquismo; que, a causa de ella, los estudiantes, aburridos y desengañados, se alejan de los religiosos, y que prefiere el catolicismo de la República, por auténtico, al actual, tan amorfo e indefinido.

Vanguardia de sacerdotes vascos

PESE al asombro que tales manifestaciones han producido, no es la primera vez que un jesuita arremete en público contra el régimen de Franco. Examinando bajo este aspecto, al P. Gurrutía, hermano del obispo de Bilbao, en ejercicios espirituales habidos la primavera de 1956 en

Irún y Vitoria, emitió durísimos juicios sobre la inmoralidad administrativa del franquismo, afirmando que este había perdido todo el pudor social. «Es público y notorio —afirmó— el caso de ministros que dejan el ministerio convertidos en millonarios, sin que sus retribuciones regulares basten a reunir millones». Cuando le previnieron que no debía seguir ese camino de escándalo, se apresuró a anunciar dicha advertencia al auditorio, añadiendo que la desolación, pues, como San Jerónimo, optaba por el escrutinio de la verdad. Su lema fue que donde no hay caridad no hay religión y que la caridad está ausente de España.

Por insinuar mucho menos de lo que rotundamente aseveró el P. Gurrutía, lleva varios meses preso, sin esperanzas de próxima libertad, Dionisio Ridruejo. El ser hermano de obispo, librería de la prisión al P. Gurrutía. Acabamos de ver que semejante circunstancia familiar no sirve de eximente ante la justicia franquista, pues un hermano de don Angel Herrera Oria, obispo de Málaga, dió con sus huesos en la cárcel por faltas mucho más veniales. Luego hemos de colegir que ciertos hábitos detienen la ira del Generalísimo contra cuantos le censuran. No se atribuya esta lenidad a benevolencia del Caudillo hacia cuantos tonsurados le critican. Cuando Franco puede vengarse impunemente de alguno de ellos, se venga.

El P. Olaso, seudónimo de un ilustre canónigo, es el orador sagrado de mayor auditorio en España. Sus oyentes se cuentan por millones. A las 11 y 12 horas, en los salones que dejan de ser salones para convertirse en un templo, se celebra la misa, cuando le toca el turno a P. Olaso. La radiofrontera francesa sabe, mediante continuas comprobaciones, que ningún lector suyo tiene masa de auditores comparable a la inmensa que escucha al clérigo vizcaíno. Este no realiza propaganda en pro de ningún sistema de gobierno ni a favor de ninguna agrupación política, limitándose a predicar la doctrina de Cristo y a evidenciar cómo pugna con ella, en su modo de gobernar, Francisco Franco.

Pues bien, Franco ha descargado ruinosamente su odio contra el padre Olaso. La víctima suplicó, en rasgo de modestia peculiar, que no se diese publicidad al hecho, y yo lo comprometi a silencio, pero desde que cierto orador catalán lo reveló en París, me considero liberado de un compromiso que ya carece de objeto.

El P. Olaso, uno de cuyos hermanos, también sacerdote, fué fusilado por las tropas franquistas en Vizcaya sin mediar instrucción de sumario ni ninguna formalidad jurídica, obtenía parte de los ingresos que le permiten vivir en el exilio merced al desempeño de un cargo en la UNESCO. Franco exigió su destitución y la ha conseguido. ¡Grande y cristina victoria!

EXPERIENCIAS En el Congreso de los Consejos Obreros de Yugoslavia

INVITADO, en calidad de periodista, por la Unión de Sindicatos yugoslavos para asistir al primer Congreso de los Consejos Obreros de Yugoslavia, en Belgrado, y delegado por el Centro Internacional de Investigaciones e Informaciones sobre la economía colectiva, he pasado en Belgrado cuatro jornadas del más apasionante interés. Este primer Congreso de los Consejos Obreros de Yugoslavia, reunido en la magnífica gran sala de la Casa de los Sindicatos, debía hacer el balance de siete años de experiencias de gestión directa de las empresas por los trabajadores. Una experiencia única en el mundo, pues en ninguna otra parte los obreros dirigen y administran sus propias empresas. Experiencia también muy vivamente discutida en los medios obreros, puesto que los comunistas rusos, seguidos de sus fieles satélites, continúan criticando y condenando esta experiencia como una herejía sindicalista anarquizante.

Confieso que, no obstante el gran interés que yo consagro a esta gran experiencia, he vacilado en aceptar la amable invitación de la Unión de Sindicatos. Concedo a este esfuerzo de gestión directa de la producción por los trabajadores una tal importancia teórica y práctica para el movimiento obrero y socialista internacional que tenía que un gran Congreso reuniendo 2.000 delegados no pudiese suministrar sobre las experiencias hechas, sobre los problemas presentes y sobre las perspectivas de la gestión obrera más que «ologas» de propaganda.

PROPAGANDA Y «MISE EN SCENE»

Yo sé que los comunistas se han hecho maestros en cuestión de organizar grandes paradas de propaganda donde el espectacular y la administración juegan el papel esencial. Temía encontrar en Belgrado una tal parada dejando apenas la posibilidad de presentir los problemas y la vida real de las empresas.

Mas como los comunistas yugoslavos habían ya rechazado el catecismo del Kremlin, conservaba yo una vaga esperanza de que abandonarían también la liturgia monótona, fatigante y mentirosa de los grandes Congresos comunistas.

Mi esperanza no ha sido decepcionada.

Sólo las sesiones de apertura y de clausura han revestido un carácter solemne, y sólo las delegaciones extranjeras, en particular las de los países del bloque del Este, han largamente acaparado la tribuna y abusado de la hospitalidad yugoslava para hacer su propaganda y presentar «los brillantes resultados» de su régimen. Han abarrotado sus discursos de estadísticas fastidiosas y de grandes frases estereotipadas sobre el gran ejemplo ruso.

Pero los obreros yugoslavos conocen el disco y las charlatanerías de los foráneos no les engañan ya.

Las reacciones espontáneas de la asistencia a las declaraciones de las delegaciones extranjeras han demostrado la madurez política de los obreros yugoslavos. De las aclamaciones entusiásticas que saludaron al presidente de los Sindicatos de Polonia, quien, con mucha valentía, expresó la entera solidaridad de los trabajadores de Polonia hacia sus hermanos yugoslavos, al silencio hostil que acompañó a las declaraciones del presidente de los Sindicatos húngaros sobre el papel contrarrevolucionario de los Consejos Obreros en Hungría, hubo toda una gama muy matizada y sutil de aplausos para cada orador extranjero.

El Presidente Tito, al saludar al Congreso en sus comienzos, dijo:

MUERTE DEL CONDE JOWITT

El jueves 15 de agosto falleció en Inglaterra el conde William Jowitt, lord-canciller del último Gobierno laborista.

Contaba ahora 72 años de edad. Era el décimo hijo de la familia. En calidad de lord-canciller presidió las Cortes judiciales así como los debates en la Cámara de los Lores. Era amigo íntimo de lord Attlee, el ex primer ministro, habiendo ido juntos a la escuela. Fue el curso de su carrera de abogado, intervino en varios procesos célebres, entre ellos, en 1937, en defensa del duque de Windsor, quien perseguía por difamación al autor y a los editores de una obra titulada «Comentarios de la coronación». Durante la segunda guerra, William Jowitt desempeñó importantes cargos en el Gobierno de coalición presidido por Churchill.

CADA PALO AGUANTE SU VELA

Bajo este mismo título, «Revista Franciscana», publicación religiosa, con licencia eclesiástica, ha encabezado su número 158, correspondiente a los pasados meses de julio y agosto, con el siguiente editorial dirigido duramente contra el «Opus Dei», institución asimismo católica y aprobada por el Vaticano. El valor de este editorial aparecerá más interesante y significativo para nuestros lectores si lo relacionan con el artículo «La nueva Inquisición», publicado en nuestro número de la semana pasada.

«Eclesia», en una editorial del 8 de junio pasado, comentó las especulaciones de muchos ambientes españoles y extranjeros en torno a la presencia en altos cargos de la Administración española de algunos miembros del Instituto secular «Opus Dei». Y ante lo arriesgado de las posiciones tomadas por estos miembros, y las dificultades, fallos y errores posibles y humanamente inevitables de quien ocupa lugares de responsabilidad política, económica y técnica, el editorialista trata de poner a salvo a la Iglesia y al referido Instituto.

Reconocemos la buena voluntad, pero dudamos de la eficacia y aun de la oportunidad de dicho editorial. Jurídicamente, creemos que es difícil defender la postura inhibicionista de «Eclesia». La Iglesia y los Institutos religiosos han puesto trabas a la actividad política y financiera de los clérigos y de los religiosos precisamente por la responsabilidad que ello entraña no sólo para los particulares, sino para los Institutos y para la Iglesia. Si ahora un Instituto tiene por misión el que sus miembros ocupen estos puestos de responsabilidad política y financiera, es natural que él no pueda sentirse libre de la misma.

Una cuestión jurídica, sin embargo, es lo de menos. De nada serviría que la Iglesia y los Institutos se justificaran ante sus propias leyes, leyes que, al fin y al cabo, son susceptibles de cambios. Ante la opinión pública, un clérigo y un miembro de un Instituto religioso lleva consigo en todas partes y, sobre todo en público, la responsabilidad de la sociedad a que pertenece. Pretender luchar contra este sentir de la sociedad es trabajar en vano. Precisamente en este caso el derecho ha sido fruto de los hechos; la Iglesia se ha visto obligada a precaverse —no a inhibirse— de la responsabilidad que el público le exigiera por la conducta en cargos políticos y financieros de los particulares, clérigos y religiosos, convencida de que para justificarse ante posibles responsabilidades de sus subditos, no basta declarar, aunque sea públicamente, que se inhibe de ellas.

Se dirá que es necesario que el apostolado llegue hasta estos puestos de responsabilidad. —No vayamos a creer que hasta el presente el apostolado de la Iglesia y de los Institutos religiosos se haya puesto voluntariamente límites, excluyendo a los responsables de la política y de la economía. Para ello la Iglesia predicó la verdad a ricos y a gobernantes. —Es que no basta predicar, sino que es necesario meterse a gobernar —a financiar? —Pero Jesucristo dijo: «Mi reino no es de este mundo»; «¿Cuán difícil es que un rico se salve!» Mateo, en cuanto determinó seguir a Cristo, dejó la mesa de los cambios. En cambio, Judas, que siendo apóstol, siguió de administrador de los bienes del colegio apostólico, sabemos hasta dónde llegó.

Un desistado en doctrina eclesiástica fácilmente creará que si San Francisco, por ejemplo, impuso a su Institución —y no sólo a los particulares— la profesión de pobreza, ello fué debido a un gesto de exaltado romanticismo. Muy de otra manera pensará, sin duda, el que sabe cómo la historia está harta de poner en evidencia el peligro y los inconvenientes de la riqueza, aunque sea en comun.

En resumen: que una Institución religiosa tenga en sus leyes un artículo disponiendo que en determinadas actuaciones públicas sus miembros obran por su cuenta y riesgo, a la hora de las responsabilidades no servirá para nada.

«SUPERCONSUMO»

El ministro de Comercio, señor Ullastres, en discursos y en declaraciones, insiste en que se consume demasiado en España; en que se vive demasiado bien, y no se puede hacer nada para que se puedan suprimir gastos.

El ministro de Comercio, señor Ullastres, en discursos y en declaraciones, insiste en que se consume demasiado en España; en que se vive demasiado bien, y no se puede hacer nada para que se puedan suprimir gastos.

«SUPERCONSUMO»

El ministro de Comercio, señor Ullastres, en discursos y en declaraciones, insiste en que se consume demasiado en España; en que se vive demasiado bien, y no se puede hacer nada para que se puedan suprimir gastos.

Nuestros muertos Enrique Puente

El día 19 de agosto ha fallecido en la capital de Méjico Enrique Puente Abón. Nuestro compañero venía sufriendo una larga y penosa enfermedad que había venido a pararse en un cáncer y que ha terminado con su vida cuando estaba en vísperas de cumplir 48 años.

Enrique Puente se distinguió en España por su brava actuación como presidente de la Juventud Socialista Madrileña. Dentro de ella, al producirse el levantamiento militar, organizó la sección que se llamó «Los Motorizados», la cual, desde el primer día, peleó en defensa de la República, contribuyendo eficazmente a contener en el alto de Somosierra a las fuerzas sublevadas en el Norte que marchaban sobre Madrid. Después, la Motorizada fue el núcleo organizador de la ampliación del cuerpo de Carabineros, con la cual se formó la vanguardia republicana en varios frentes, especialmente en los de Madrid.

Como panadero, Puente figuró en el Sindicato de Artes Blancas, de Madrid. En el exilio, fué miembro de la Ejecutiva del Partido cuando aquella tuvo su sede en Méjico. Trabajaba en la empresa «Radio programas de Méjico», y sólo cuando hace varios meses quedó completamente ciego, dejó de prestar su concurso personal en nuestras organizaciones con aquel entusiasmo y preocupación por nuestros problemas que ha conservado hasta el fin de su vida.

En su entierro, efectuado en el Panteón español, de Méjico, se puso de manifiesto la gran estimación de que gozaba entre sus compañeros y amigos.

Nuestros muertos

Las opiniones emitidas en los artículos firmados son de la exclusiva responsabilidad de los firmantes.



Comentario Gloriosas compensaciones

A gloria del Caudillo permanece invariable en su tamaño y en su brillantez, aunque cambiante en sus esencias. Cuando unos apoyos se le quiebran, otros le nacen; cuando algo se le cae por un lado, otro algo le recree por cualquier parte.

Es innegable que el Caudillo viene sufriendo graves disminuciones en su gloria. Le ocurre, por ejemplo, que ve derribarse sus magníficos planes por los cuales habría él de tratar con las potencias occidentales como influyente intermediario, investido, respaldado y apoderado por los países árabes. Vuélvenle éstos la espalda y desestiman su amistad. De aquellas costosas recepciones que les dedicó el Caudillo, sólo queda para éste tal o cual degolladora cimitarra, simbólico regalo de algún gobernante oriental.

Ejemplo impresionante de ingratitude es el que le opone el evacuado Marruecos dando a Francia trato de mucho más favorecida y hasta pidiéndole a él, al Caudillo, que abandone el territorio de Ifni —anexionado por la República—, haciéndole así proseguir la acción desengrandecedora que realiza el régimen, venido precisamente para engrandecer a España.

Por estas y por otras conocidas causas, estaba el régimen caudillesco muy necesitado de esas compensadoras satisfacciones que, como decimos al principio, le depara siempre su dicho destino. Y las ha obtenido, ya que no para remediar miserias, sí para mantener la brillantez de su carácter heroico, que es lo principal. Lo de menos son esas acciones triunfadoras como la que, por certera sorpresa, con el nombre de «operación gitano» y con auxilio de los bomberos, acaba de realizarse en Bilbao para destruir los albergues de los gitanos y volver éstos a su natural y errante condición de hijos nómadas de Dios.

Mayor y más notoria importancia tiene ese acontecimiento que tanta falta estaba haciendo para levantar el prestigio de España y que el Caudillo ha realizado desde el yate «Azor» por medio de su arponero de servicio. Clavado en el extremo de su cuerda, le presentó éste un desgraciado cetáceo de tercera pero digna categoría. Fue entonces cuando el Caudillo, con su cerbatana —según un periódico—, le hizo al amarrado animalucho «cuatro disparos en el corazón», le hizo al amarrado animalucho el corazón, por la cantidad de sangre que saltó, como en un surtidor. Buen tema para quienes gustan de la interpretación simbólica de los hechos.

Mundo hazafia fué aquella, y difícilmente hubiera podido el grande pasarla en silencio. Cierpo es que algunos periódicos extranjeros la han presentado en tono zumbón y que han tratado a ese «negro» o «toro de mar» como si fuera poco más que una pescadilla. Pero ahí están los servicios metropiscatorios de Su Excelencia, que han medido los cuatro metros y medio y han pasado los dos mil ochocientos kilos del bicharraco. Más hubiera pesado éste de no haberse desangrado por el tiro en el corazón. Pero dejemos eso aparte. No es cosa de medir la sangre derramada por el Caudillo.

Pericles GARCIA



Figuras del Socialismo

Kurt Schumacher

EL 21 de agosto se han cumplido cinco años de la muerte del compañero Kurt Schumacher, presidente del Partido Socialdemócrata de Alemania occidental, muerte sobrenatural a continuación de un síncope circulatorio en Veuversberg, cerca de Bonn.

Con él desaparecía una de las más eminentes figuras del Socialismo democrático, un fautor tenaz de la unidad europea y un irreductible adversario de los dictadores de Moscú.

En 1948, Schumacher hubo de sufrir la amputación de una pierna; mas, a pesar de tal amonioración, su intensa actividad política no se detuvo. Había soportado valerosamente otras muchas pruebas. Durante el régimen nazi fue internado en los campos de concentración de Dachau, de Neuengamme y de Mathausen por más de diez años. Las vicisitudes entonces sufridas no le habían disminuido su fuerte temperamento; por el contrario, le hicieron más viva su energía y su voluntad.

En el Reichstag

Kurt Schumacher, era prusiano, hijo de un funcionario estatal, prusiano también, y había nacido en Kulin el 13 de octubre de 1895. Laureado en leyes, fue sorprendido en Berlín por el desencadenamiento de la guerra. Tenía apenas veinte años cuando perdió el brazo derecho. En 1920 comenzó su carrera política. Era funcionario del Ministerio de Trabajo cuando inició su colaboración en el periódico socialista "Schwaebische Tagwacht". Sucesivamente vino a ser presidente del Parlamento de Wurtemberg y, a los 34 años, en 1930, diputado al Reichstag. En unión de los compañeros Haubach y Mierendorff, se dedicó a la reorganización del Partido Socialdemócrata, con el emblema del "frente de hierro", las tres flechas apuntando en alto, emblema que luego se adoptó también por otros partidos socialdemocráticos de Europa.

Demasiado tarde, Hitler está ya en el Poder! Schumacher combatió encarnizadamente a los nazis y en pleno Reichstag clama: «El partido nazi no llama en el hombre más que al cerdo». Al poco tiempo era internado en el campo de concentración de Dachau, donde fue maltratado y torturado y enfermo de una úlcera de estómago. Considerado para lo sucesivo como inofensivo gracias a las lamentables condiciones de su salud, se le puso en libertad en 1943.

La leyenda

En 1945 los aliados ocupan Alemania, y comienza entonces un nuevo período de actividad para Schumacher. Desde este momento, se hace notar con su impresionante rostro adelgazado y sufriente que lo caracterizará hasta su último día de vida. Descarado, flaco, apenas en condiciones de moverse, se impone pese a todo por su mirada, una mirada fija e iluminada de un ardiente fuego interior. La frente amplia, la voz sobre todo, una voz a veces ardiente y en otras irónica, que oía

Las rentas personales en Estados Unidos

Las rentas personales en EE. UU. han alcanzado en junio la cifra récord anual de 344.000 millones de dólares, sobrepasando con unos mil millones de dólares la cifra de mayo. Estos informes han sido suministrados por el Departamento de Comercio de dicho país.

Esos ingresos personales

comprenden sueldos y salarios, rentas netas de propietarios y participaciones en asociaciones agrícolas y otras, dividendos e intereses, alquileres netos y otras rentas del mismo género.

En todas las industrias

salvo en el transporte y la construcción, la cifra de salarios pagados está en alza. El acrecentamiento de los salarios medios es más importante que el aumento de empleos.

En el conjunto del segundo trimestre

del año actual, sueldos y salarios han alcanzado la proporción anual de 340.000 millones de dólares, contra 322.000 millones en igual período del año anterior, lo que equivale a una elevación de alrededor de cinco y medio por ciento. Esto representa asimismo un aumento del poder de compra, puesto que la subida de los impuestos y de los precios ha sido de un montante relativamente menos elevado.

decir todo a todos: Adenauer, los Aliados, los Rusos... En este punto comienza la leyenda de Schumacher. Deviene popular y es amado y respetado como el testimonio de la lucha pasada por la clase obrera alemana, la prenda de su victoria futura. Vive en un modestísimo alojamiento de Hannover, María Raueger, una viuda de guerra, humilde y devotamente, le sirve y lo acompaña. Su cuerpo torturado y amputado simboliza trágicamente ante los ojos de masas trabajadoras el destino de Alemania.

Los intereses alemanes.

Así, Schumacher, a seguida de la Liberación, se encontró de acuerdo al unísono con sus compatriotas. Su popularidad no hace sino aumentar tras declaraciones incendiarias, de una franqueza brutal, que permitirá a millones de alemanes no socialistas reconocer en él el «tempo» de una diatriba o de una invectiva. Crítica y reprocha a los Aliados la incapacidad de su burocracia, su impotencia para realizar las promesas de democratización y de desnazificación, particularmente respecto a los grandes barones del Ruhr; reclama la liberación de los prisioneros, rechaza las reparaciones y reclama que se ponga fin al desmantelamiento de los establecimientos industriales en interés de la reconstrucción de Alemania. Los acontecimientos le dieron la razón. Los Aliados, particularmente los norteamericanos, no tardaron en entrar decididamente en tal orden de ideas después de la reforma monetaria de 1948. Así se precisa el aspecto profundamente alemán de la Socialdemocracia de la postguerra. Para no repetir los errores de Weimar, se convierte en el campeón de los intereses germánicos.

En 1948 Schumacher se opone resueltamente a la tentativa soviética de extender a Alemania occidental la fusión de los partidos marxistas rea-

lizada en la zona oriental con el S.E.D. (Partido Socialista Unitario), mientras es prohibido allí el Partido Socialdemócrata. Tal fusión habría permitido al partido comunista extender su influencia en las tres zonas occidentales. El obligó, de este modo, a los comunistas a organizar un nuevo partido comunista en Alemania occidental, partido que a continuación de los recuerdos de la ocupación rusa era destinado a la impotencia y al aislamiento. Schumacher volvió contra los rusos el arma socialista utilizando los socialdemócratas fieles de la zona oriental para crear una tupida red de núcleos para difundir la propaganda y recibir informaciones. El se convirtió así en el exponente del anticomunismo obrero cuya central sindical (D.G.B.) vino a ser el punto de apoyo más importante. Se interesó particularmente por Alemania oriental en colaboración con los trabajadores de la zona rusa atribuyéndoles el primer puesto en el tablero político germano. En cuanto a Alemania occidental, sometida a la influencia dominante de católicos renanos del tipo de Adenauer, el Nuestro estuvo siempre netamente en la oposición. Su preocupación principal fue la reunificación de Alemania. Refusó en 1948 participar en una coalición ministerial, dominada por los cristianos demócratas, y a constituir un gran Gobierno nacional, considerando más deseable para la causa socialista permanecer en la oposición. Su propaganda contra el rearme hizo lograr notables éxitos al Partido Socialdemócrata en las elecciones secundarias de 1950 y 1951.

A los cinco años de su muerte, la obra, la enseñanza y el ejemplo de Kurt Schumacher siguen más que nunca vivos. Con el pensamiento y con su fe en el corazón, los socialdemócratas alemanes marchan seguros hacia el porvenir.

Aldo PARINI

Escriben otros

¿Católica España?

HAY todavía belgas que van a España como turistas. Van allí porque es un país barato. No pocos de ellos ostentan la miseria del pueblo pasando rozandola sin verla. Esta impasibilidad es uno de los indicios más crueles de nuestro tiempo. Hemos visto morir tal cantidad de hombres que no nos inquietamos apenas por aquellos que sobreviven en un decaimiento que es peor que la muerte.

Ocurre a veces que el turista abre los ojos, y que entonces se siente culpable él también. Este es tal vez el caso del señor Paul de Noirmont, quien, en la «Revue Nouvelle», acaba de publicar un valeroso y apasionante artículo titulado: «La España obrera católica». Y este católico resopla por eso un jesuita, el padre Pérez Alegria, escribiendo recientemente:

«La situación social en España es un escándalo para la conciencia católica. El gran problema de la Iglesia es su desajuste de las masas obreras y la aversión de éstas a ella... Tal es el diagnóstico formulado por una gran revista católica belga. Detalle significativo: la prensa belga de derecha hace el silencio más completo sobre estas revelaciones. Si tuviese valentía, entablaria el proceso de la Iglesia de España, cómplice de Franco, y ayer cómplice de Hitler. Y se extrañaría, con nosotros, de los asombrosos alientos prodigados por el papa al sanguinario Caudillo, a quien concederé —no lo olvidemos nunca— la Orden de Cristo.»

He ahí por qué en España «se» despeja de la Iglesia a los doce años... para no volver a ellas. No somos nosotros quien lo dice. Es el señor De Noirmont.

F. D.

(Diario «Le Peuple», Bruselas 25-8-57.)

TEMAS SINDICALES

Problemas de nuestros tiempos

LA AUTOMACION

Por Miguel Armentia Juvete

LAS ventajas que la automatización puede reportar a la humanidad que trabaja son innegables. Con que solamente se realice una parte de las promesas que los técnicos prevén en cuanto al porvenir, es indudable que la automatización puede suponer, en plazo no muy lejano, la semana de cuatro días de trabajo —y aun la de tres— largos períodos de vacaciones, un retiro anticipado y un aumento mensurable de nuestro actual nivel de vida material. La automatización, sobre todo, tendrá la gran virtud de liberar al hombre del aspecto esclavo del trabajo, o de ciertos trabajos, de ese carácter rutinario y de ese sentimiento de subordinación del hombre a la máquina que lo convierte en un mero servidor de ella. El hombre tendrá más tiempo libre, pudiendo, con ello, distraerse o cultivar su inteligencia e ilustrarse; podrá disponer de bienes de consumo a precios bastante más asequibles para él que los que en la actualidad tienen ciertos artículos considerados hoy día todavía como de «lujos» para ciertas clases sociales, a pesar de que vivimos en la mitad del siglo XX y de que las exigencias, de todo orden, de nuestra moderna sociedad hacen aparecer a esos artículos como de necesidad más bien que como de lujo. La gran producción en masa, automatizada, facilitaría esos precios asequibles al reducir grandemente el costo de la producción de los mismos. Por esta razón, habría también otros productos que estarían al alcance de esas clases, productos que hoy son considerados como de verdadero lujo, ya que sólo las clases adineradas pueden permitirse su consumo dado el elevado precio de ellos en virtud de su reducida

producción o, viceversa, de su atenuada producción con motivo de su alto costo y restringido consumo.

La automatización encierra la promesa de un futuro de una abundancia nueva, de un esparcimiento desconocido y de una libertad hasta ahora ignorada; pero antes de que ese futuro pueda ser realizado habrá que resolver muchos y difíciles problemas. No olvidemos que los trabajadores de hace ciento cincuenta años, que trataron de destruir las máquinas que entonces hacían su aparición porque éstas suprimían el empleo de aquéllos, porque éstas los «robaban» el trabajo, tenían hartos motivos de queja. Su protesta no era contra las máquinas, sino contra la ceguera de una sociedad que permitía que las máquinas fueran usadas como medio de despiadada explotación.

Una de las mayores dificultades con que actualmente se tropieza para la resolución de estos problemas —o para intentar resolverlos— está constituida por la carencia de un profundo estudio acerca de lo que ya ha sido realizado en el campo de la automatización, de lo que se planea para el futuro y de las huellas que la primera —la real— ha dejado y que la segunda —la planeada— dejará en nuestra sociedad. Existe una falta de conocimiento del actual y del futuro efecto de la nueva tecnología en grado tal que sin ese conocimiento no se puede proceder racionalmente a tratar profundamente esta cuestión. Nadie sabe exactamente en qué medida y extensión la

automatización ha tomado ya carta de naturaleza en la industria, ni tampoco la velocidad con que es probable que avance en los próximos años. Una empresa sabe lo que ella misma ha realizado ya y cuáles son las innovaciones que para el futuro introducirá en sus métodos de producción y en las inversiones de su capital, pero no conoce absolutamente nada de lo que piensan hacer sus competidores ni, mucho menos aún, lo que se proyecta hacer en otras industrias.

Hay, sin embargo, ciertos problemas que claramente pueden ser previstos desde ahora. Uno de ellos es el económico.

Es indudable que la automatización, como antes hemos indicado, permite aumentar enormemente la productividad. En la Universidad de Chicago fué presentado en 1955 un informe que se refería solamente a doce casos de automatización. Según él, el aumento de la productividad en esas doce casos ha ido escalonándose desde un 14 por 100 hasta un 1.320 por 100, siendo la media la de un 382 por 100 para los doce casos examinados. Y todavía Lasswitz, en otro informe presentado el mismo año («Die Automation, ein Kind der Rationalisierung»), da una cifra media superior a esa en un estudio por él realizado en un más amplio sector de actividades. Sería oportuno recordar que desde la fecha de presentación de los dos informes citados —en 1955— han transcurrido casi dos años en los que la automatización ha ido haciendo sus progresos. Así, por ejemplo, la General Electric Corporation, productora de material electrónico para la automatización, estima que la demanda de este material se duplicará en los cinco años próximos y que dentro de diez años se hallará triplicada. Esta y otras predicciones análogas muy fundamentadas confirman la idea de que la automatización no ha hecho más que comenzar. La automatización exige un muchísimo menor que la que necesitó la primera revolución industrial mientras que, al mismo tiempo, las disponibilidades de capital son mucho mayores, en general, en las empresas y sociedades de hoy que en las de aquella época. Por otra parte, la producción de tal material es susceptible, a su vez, de ser fácilmente automatizada en forma que esa capacidad de producción pueda ser inmediatamente incrementada.

Existe, además, una marcada tendencia hacia la obtención de un rápido tipo de perfeccionamiento técnico. Todo ello se traduce, pues, en un menor costo de los equipos automáticos, en una más amplia posibilidad de adaptación a ciertos sectores de actividad y, en consecuencia, en una mayor asequibilidad de esos equipos e instalaciones por parte de fábricas y oficinas de tipo medio, si para calificarlas así nos atenemos a la importancia de los capitales con que pueden contar para proceder a su automatización. Por sí fuera poco, está demostrado que la instalación, en una nueva fábrica moderna, de los instrumentos que permitan el empleo máximo de procedimientos automáticos cuesta actualmente (según las industrias) del 1 al 19 por 100 de la inversión total en bienes de producción. Se estima que, para el conjunto de las industrias, la media de ese costo sería alrededor de un 6 por 100 del valor de todas las instalaciones. Si bien es cierto que en muchos casos las actuales máquinas automáticas son de un precio superior al de las máquinas reemplazadas (no en todos los casos, porque, según hemos visto en alguno de los anteriores ejemplos, una sola máquina sustituye a veces, ahora, a varias otras que antes se empleaban y cuyo costo, en conjunto, era superior al de la nueva máquina), no es menos cierto que el aumento en esos gastos es inferior, con mucho, al aumento en la productividad. Esto es, las inversiones por unidad de producción con el nuevo procedimiento son mucho menores que las de las máquinas reemplazadas. El aumento constante y regular de la productividad de las inversiones de capital ha sido un fenómeno observado ya desde el final de la primera guerra mundial, mucho antes de que la automatización se pusiera en práctica o de que ni siquiera se pensara en ella, en su aspecto moderno; la automatización debe, por consiguiente, acelerar y ampliar las posibilidades de continuación y de acentuación de ese fenómeno.

PALABRAS Y HECHOS

El «interés social» en la España de hoy

Por Miguel Sanchez-Mazas

LA hermosa expresión «interés social», fruto de siglos de perfeccionamiento del espíritu humano, se lee y se oye en la España de Franco con mayor frecuencia de la que cabría suponer. Quienes en nuestra Patria aún escuchan los discursos o se dedican a la «edificante» lectura del Boletín Oficial del Estado —ciudadanos que, desde luego, se van haciendo escasos— están tan acostumbrados a ella como a sus gemelas «utilidad pública» e «interés nacional», palabras conmovedoras, capaces de producir muy buena impresión, sobre todo, en los forasteros que llegan con la pretensión candorosa de comprender la realidad de nuestro país a través de los periódicos madrileños.

Claro que una cosa son las palabras y otra los hechos que hay detrás de ellas. Mas aún: las mismas palabras acaban adquiriendo en un ambiente determinado, más allá de su sentido originario y ortodoxo y a contrapunto, incluso, de la intención de quienes las pronuncian, el valor, el matiz preciso de los hechos que las están respaldando, que son su contrapartida real, en aquel ambiente y en aquel momento. Lo mismo que las monedas adquieren en cada caso, al margen del valor que se les «asigna» en el «cambio oficial», el valor que se merecen, el que les dan las «cosas» que hay detrás de ellas. Como la peseta, nuestra pobre moneda, desvalorizada por los manejos de la incompetencia y de la especulación ilícita, así las grandes palabras de la esperanza nacional, siempre defraudada, han acabado su sentido, se han quedado sin jugo, sin valor estimulante para el país, por la pobreza de su contrapartida en hechos. Ni más ni menos. ¿No es acaso la palabra una moneda?

Para la sensibilidad del lector español medio, las palabras «interés social» suenan hoy algo así como «interés estatal», «exigencias de los organismos para-estatales y sus consejeros y beneficiarios», «imperativos del afán espectacular de los Ministros del Régimen» y, finalmente «necesidades de la propaganda» o «de los compromisos contraídos con intereses ajenos al pueblo y a la nación». En ningún caso el español de la calle siente como cosa «suya» ese interés social de que vienen hablando con énfasis hace tantos años. Cuando suenan esas palabras, o sus gemelas «utilidad pública» o «interés nacional», nadie confía ya en que detrás de ellas se hallen esas realidades entrañables que durante tanto tiempo se esperó encontrar y obtener: más elevados salarios reales, es decir, mayor poder adquisitivo de las familias obreras y medias; el descenso —o, en el peor de los casos, estabilización— de los precios de los artículos básicos para la vida; reducción de los fabulosos márgenes de ganancia de las grandes empresas industriales y de los intermediarios; redistribución de la renta nacional; acceso progresivo de los campesinos sin tierra a la propiedad; efectivo progreso y perfeccionamiento de los servicios públicos insustituibles, como ferrocarriles y transportes urbanos; acceso de toda las clases sociales a los distintos grados y modalidades de enseñanza; prioridad absoluta de la edificación de escuelas aún necesarias sobre las obras espectaculares y de lujo, sobre los insustentables gastos de distribución de la renta en piedra enguadada en medio de la miseria y el atraso.

El español de hoy está acostumbrado, desgraciadamente, a leer textos como el siguiente: «Decreto de 22 de Junio de 1956 por el que se declara de utilidad pública la expropiación de los bienes necesarios para la construcción de bases aéreas de utilización conjunta hispano-norteamericana», cuya ejecución es rápida, fulminante, mientras que los escandalosos latifundios agrarios, mal crónico de nuestra estructura económica-social, ahí siguen intangibles, decenios y decenios, y aún aumentan y se agrandan. El español de hoy sabe que, en cualquier caso, el proceso de re-concentración de la tierra es siempre más rápido —por la ruina de tantos pequeños propietarios, torzados a capitular y vender frente al poderoso neocapitalismo surgido del Régimen— que el lentísimo de las expropiaciones de «interés social», las cuales, por otra parte, salen carísimas al país, que las paga, y beneficia, ante todo, al Instituto Nacional de Colonización y sus numerosos parásitos, a los ingenieros, tasadores, delegados y peritos, nuevos y más depauperados caciques que se enriquecen haciendo pagar de los latifundistas su tardanza y benevolencia. Por este tipo de cosas, y otras semejantes en distintas esferas, es por lo que el español de hoy ha perdido su primitivo y honrado respeto —y aún amor— a las grandes palabras «interés social», «utilidad pública», porque tras ellas no encuentra lo que busca, sino engaño y amargura. Del mismo modo que tras la película o el libro «de interés nacional» —como «Franco, centinela de

Occidente», para poner el más reciente ejemplo— el buen ciudadano no encuentra, como se le había prometido, el instrumento capaz de educar la sensibilidad de sus hijos y elevar su propia moral, su propio espíritu. Sino, con frecuencia, todo lo contrario.

Sería, desde luego, lamentable —y, ante todo, efecto de una mentalidad frívola e injusta— que nuestros visitantes, a la hora de juzgar, confundieran el vanidoso afán de monumentalidad con la preocupación profunda y auténtica por el interés social; que no supieran distinguir, en otras palabras, las obras espectaculares y gigantescas, que concentran en poco espacio capitales inmensos y millones de horas de trabajo, para impresionar la vista, de aquellas otras más modestas y diluidas en extensión, dispersas por todo el territorio nacional y no abarcables de una ojeada, pero destinadas a elevar el bienestar familiar, la dignidad popular, la satisfacción colectiva de vivir. Ambas cosas son, en efecto, no sólo muy distintas, sino radicalmente incompatibles, especialmente en un país como el nuestro, pobre y económicamente poco desarrollado y, por añadidura, con un retraso de siglos en lo relativo a obras sociales básicas. No tenemos, en España, ni dinero suficiente, ni capacidad técnica bastante, ni administrativa que atencen los frentes contrapuestos; el dinamismo y el del interés social y de éste y vea la enormidad de energías gastadas en el fetiche de la vanidad, deberá pensar enseguida que el otro fetiche —las estadísticas de analfabetismo, vivienda, alimentación, transporte, consumo de tejidos y productos esenciales— es un efecto de la capacidad adquisitiva del salario en la mano. Lo que produce el rápido efecto de lucimiento y de propaganda no puede ser el interés de la mayoría, sino, por el contrario, lo destinado a la satisfacción de él. Las obras de verdadero interés social no se hacen, sino que se demuestran.

Ahora bien, en este dilema —grandiosidad o interés social— nuestro actual Régimen, tanto más que cualquier otra Dictadura, ha optado decididamente por el primero: por la línea monumental e impresionante del Valle de los Caídos, de las descomunales, desproporcionadas y pesadas Unidades Laborales —verdaderos «recuerdos» mundiales— de la dispendiosísima y mal administrada Central de Avilés —con el Alto Horno mayor del mundo—, del Ministerio del Aire y la cárcel de Carabanchel, de los monumentales hoteles y lujosos Paradores de Turismo, del costoso «Pegasso» y del brillante «Talgo», antes que por las viviendas básicas —cuyo déficit aumenta sin cesar—, por la mejora y desarrollo global de nuestro vergonzoso sistema ferroviario, por la construcción de los miles de escuelas que faltan, por la renovación del utillaje y la maquinaria de nuestras industrias tradicionales, que se hunden de puro viejas —con la textil catalana a la cabeza— y por la producción masiva de maquinaria agrícola para la mecanización de nuestra tierra.

Ciertamente lo nuevo, lo monumental hiera la vista enseguida. La mejora continua y perfeccionamiento de lo viejo, de lo que ya había, sin embargo, se muestra poco a poco al viajero cuidadoso, escrupuloso, que gusta de ver despacio y por todas partes y sobre todo de oír, de sentir el latido del pueblo, cuya satisfacción es, en definitiva, la que mide el acierto y seriedad de una gestión del Gobierno, el carácter de utilidad social de un sistema de obras y de realizaciones. Pero cuando esto no sea posible, y el pueblo no pueda hablar, ni escribir, ni el forastero recoger y publicar encuestas y conversaciones con él —porque el sistema de vigilancia y censura dictatorial lo impide— una buena base de reflexión serán siempre las estadísticas. Vamos, pues, a examinar algunos datos estadísticos en relación con los temas y aspectos clave del «interés social» en la España de hoy.

El déficit micial de 1939, resultante de las destrucciones de la guerra de 1936-1939, no sólo se ha mantenido, sino que ha ido creciendo, año por año, hasta llegar a producir la horrible tensión actual, caracterizada por el «chabolismo», la reunión de varias familias en una misma casa, los «realquilados» y los matrimonios penosamente retrasados o viviendo de un modo irragino en espacios provisionales y prestados, que se acaban haciendo permanentes.

Estimaciones oficiales, publicadas este año de 1957 por el Instituto de Cultura Hispánica —«Estudios hispánicos de desarrollo económico», fascículo III, pág. 27— fijan el aumento del déficit sólo en el cuatrienio 1950-1954 en casi 100.000 viviendas, y esto sin tener en cuenta más que el déficit «arrecial», es decir, prescindiendo de las viviendas definitivamente insalubres cuya demolición queda «apajazada». He aquí las cifras de ese déficit «arrecial» a lo largo del cuatrienio:

Año	Nacimientos (millares)	Aumento vegetativo (millares)	Matrimonios (millares)	Viviendas construidas (millares)
1950...	561	249	210	31
1951...	586	315	219	34
1952...	583	309	217	36
1953...	572	312	229	47
1954...	592	324	236	65
1955...	602	317	240	72

Si se incluyen las viviendas definitivamente insalubres, cifradas en 411.765 en el año 1956, se obtiene, según la misma fuente un déficit real de 1.089.191 viviendas, a fines de dicho año.

Es impresionante la relación entre las viviendas construidas, según declaraciones oficiales, en los años del Régimen y el simple número de nacimientos, matrimonios o españoles «incorporados» al país en virtud del «aumento vegetativo» de la población (diferencia entre nacimientos y muertes). He aquí un cuadro elocuente, relativo a estos últimos años:

Año	Nacimientos (millares)	Aumento vegetativo (millares)	Matrimonios (millares)	Viviendas construidas (millares)
1951...	561	249	210	31
1952...	586	315	219	34
1953...	583	309	217	36
1954...	572	312	229	47
1955...	592	324	236	65
1956...	602	317	240	72

Como puede deducirse fácilmente, la relación entre nacimientos y nuevas viviendas ha oscilado en el período considerado entre una vivienda por cada 18 nacidos (1951) y una vivienda por cada 9 nacidos (1956); por su parte, la relación matrimonios-nuevas viviendas se ha mantenido entre una vivienda por cada siete matrimonios (1951) y dos viviendas por cada siete matrimonios (1956). Y éste es indudablemente, el período mejor del Régimen, en este aspecto, pues entre 1939 y 1951 sólo se construyeron 350 mil viviendas, siendo el total de la gestión franquista 630 mil viviendas, número menor que el de los matrimonios del trienio 1954-1956, que fueron 705 mil.

Y no se crea que se trata de grandes cosas. La superficie media que resulta de los datos publicados por el Boletín de Estadística —del Instituto Nacional de Estadística— no pasa, en el cuatrienio 1952-1956, de 36 metros cuadrados por vivienda (636), incluyendo el espacio de escaleras interiores, etc. En resumen: en los años de mayores aspejos constructivos —Plan Quinquenal de La Vivienda, etc.— se han ofrecido, en media, a cada nuevo español 3 metros cuadrados y a cada nueva pareja esperanzada 9 metros cuadrados: una celda de 3x3. Esto, naturalmente, sin tocar el déficit que se arrastra y las casas que, progresivamente, se van haciendo viejas...

Después de esto, no es preciso decir que ocupamos el último lugar entre los países de Europa en cuanto a viviendas construidas por cada mil habitantes. He aquí el correspondiente cuadro, para los años 1953 y 1954, según la citada fuente oficial:

Pais	(1953)	(1954)
Alemania ..	10,5	10,9
Suecia ..	7,3	7,0
Reino Unido ..	6,4	6,9
Países Bajos ..	5,7	6,5
Dinamarca ..	4,9	5,3
Bélgica ..	4,5	4,9
Francia ..	2,7	3,8
Italia ..	3,2	3,7
España ..	1,2	1,6

(Pasa a la tercera pág.)

(Pasa a la segunda pág.)